



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 4 DE FEBRERO DE 2024

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Afirmaciones de aroma justo

SALÓN DE BELLEZA

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

“Se le ocurren buenas ideas; pero no las sigue”, me dijo el viejo. Una frase que nunca había escuchado, menos de un completo desconocido. La situación daba para jalar mucho hilo. Yo, metido ahí: en una conversación que debía ser, pero que no era trivial; en la barra de un restaurante de cadena, a las dos de la tarde, sin una gota de alcohol a la vista que pudiera explicar semejante alumbamiento, contradiciendo la trivialidad del asunto ¿Era aquello fuego amigo?

Yo había llegado caminando a ese restaurante, sobre Avenida Alacranes, no recuerdo ni por qué. ¿Contaba con trabajo y había salido a comer?, ¿estaba desempleado y andaba buscando ideas para emplearme?, ¿llegué a tomar un café para leer un rato, mi libro favorito en turno? El hombre era un extranjero de rostro arrugado, enérgico y delgado, con sombrero de copa y sin lentes, ni barba ni bigote, de ojos azules y hablando un español un tanto dificultoso. ¿Fingía? Ciertamente conocía las Cuatro Estaciones de Vivaldi y tenía un disco con su interpretación favorita: otro misterio sin resolver, porque pasarían catorce años para que, en otra ocasión, alguien me recomendara una interpretación del Padre Rojo y me dijera, definitivamente, esa vez: “Has sido desbloqueado”.

Por aquellos tiempos, en el restaurante, yo andaba dándole vueltas a la idea de ofrecer un curso de Apreciación Musical en El Péndulo; de abandonar la economía y dedicarme a la música; pero tenía miedo de emprender con decisión semejante. No era el único involucrado en una acción así. Tenía una esposa; un compromiso. Así es que cuando el viejo aquel, sin saber absolutamente nada de mí, (eso es lo que creo), me dijo: “Se le ocurren buenas ideas, pero no las sigue”; hizo tambalearme en el banquillo del comedor y me obligó a cuestionármelo todo. ¿Podían, a mí, ocurrírseme buenas ideas, y no seguirlas?, ¿cómo saberlo? Imposible llegar a la verdad sin intentar alguna de mis locuras. He ahí una trampa: el desafío que el poeta llama “cruzar a la otra orilla”, jugársela hasta perderlo todo; sin remedio alguno.

No fue una decisión de un día para el otro. Trabajé durante meses. Día tras día iba perdiendo mi vida sin darme cuenta, a escala milimétrica. Fue una de esas cosas que no se ven hasta que se acumulan durante meses o años: como el hastío de un matrimonio; el cansancio del trabajo que no inspira; la insípida vida de todos los días, vivida sin dejar otro rastro que la mierda que colocamos adentro del retrete, para luego jalarle a la manija, con el fin de que agua limpia se la lleve a donde debe...

Se pierde todo; pero se vuelve a nacer. Otra vez el recuerdo: un día nublado de locura y primavera, hace casi veintiséis años, robé una Biblia de una Iglesia. Adentro encontré un mensaje, en un pegote de color violeta, colocado adentro del Evangelio de San Juan, que decía en letra manuscrita: “La vida se trata de ir muriendo, (irónicamente). Nuestra habilidad para vivir al máximo depende de qué tan bien podemos lidiar con la multitud de muertes que marcan nuestras vidas



-Imagen del Bautismo”.

Hay que buscar esas muertes; no esperarlas. No las de la carne; sino las de la vida. Heroicos pasos, cada uno de los pasos: liviandando de la carga: quemar lo acumulado, dejarlo todo. Hay quien puede; hay quien no. Es necesario saber escuchar, imprescindible seguir. El camino es uno y único. No hay lugar para la estrategia, ni la inteligencia, menos para la planeación; solo caben el valor, el dolor y la fuerza necesaria para volver a levantarse y continuar...

“Nunca olvidés este día”, me dijo. Iba yo entrando a un centro comercial, en busca de un salón de belleza. Ese lunes comenzaba mi curso de Apreciación Musical en El Péndulo de la Roma Norte, en la Ciudad de México; en el Foro El Tejedor. Tenía reporte de siete personas inscritas. Al final se quedaron cuatro. 7 y 4. Entré por la tienda departamental, salí por la puerta que le conectaba con el resto de los negocios.

Me gustaría decir que recuerdo cómo se llamaba aquel salón de belleza, pero no es así. Ubico fotográficamente el lugar. Blanco, con puertas y paredes de cristal. A los lados, las sillas de corte. Tres y tres. Me senté en (2, 3). Recuerdo mi rostro frente al espejo: brillaba de júbilo porque aquel era mi gran día de éxito.

Me equivocaba. Era la puerta de entrada a mis fracasos. Los que me tienen hoy aquí, escribiendo estas notas, apuntes de viaje que quizás un día: llegarán a tener lectores.

UNA VELA QUE NO SE APAGÓ
OLGA DE LEÓN G.

Corrían los años de la década de 1960, por allí de poco menos de la mitad, y una joven adolescente se entusiasmaba con salir de la ciudad donde vivía con sus padres, para irse a estudiar a otra de mayor tamaño, y mejores oportunidades de crecimiento y desarrollo tanto personal como socioeconómico. Monterrey, Nuevo León siempre ha tenido mayor población y mejores oportunidades de educación, trabajo y, por lo mismo, de desarrollo social, político y económico que las ciudades de Tamaulipas.

Pero, esas ciudades colindantes y vecinas, nunca se dejaron intimidar con eso. Entre otras, particularmente, Reynosa, tenía lo suyo y el suficiente agarre para destacar y no quedarse a la simple vera de Nuevo León.

No era fácil convencer a mi papá de que lo mejor sería que me dejara ir a estudiar bachillerato a Monterrey. Viviría en casa de las tías Chelo y Lola, hermanas mayores de mi padre: dos señoritas “de las de antes, no como las de ahora”, de las que en sus tiempos llegaron a usar faldas y vestidos hasta el huesito del tobillo. Y, no obstante, ambas, cada una en su forma y estilo, fueron mujeres de avanzada, liberales y liberadas, no políticamente sino social y moralmente hablando.

Ambas trabajaban, pero, además, una se echaba su cigarrillo o bacha, a escondidas en el patio; y la otra, la más joven, su Whiskisito, por lo de bajarse la presión. ¡Ah!, pero también se comía una manzana roja, de las que guardaba en el clóset, eso despistaba el olor a alcohol.

Lola fue una reconocida modista de gran categoría y profesional

del oficio, que tanto hacía ropita para bebés, como abrigos y vestidos de noche y de novias.

Por mucho tiempo, con el producto del salario obtenido de ese su amado oficio, pudo ayudar a la manutención de su familia; pues trabajaba no solo en lo individual, sino para talleres y ciertas marcas. Chelo había estudiado una carrera de Secretaria Ejecutiva privada: sabía tomar dictado y leer y escribir en taquígrafía y a máquina. Trabajó en Cementos Mexicanos y fue la Secretaria particular del fundador y dueño de la gran empresa icónica del Norte del país, Don Lorenzo Zambrano, padre.

Pero, ya me fui muchos años atrás, años en los que o bien, yo era una pequeñita de menos de tres años, o aún no nacía y así, la historia de mis tías la conocí de su propia voz o de la de algunas otras sobrinas (mis primas), mayores que yo quince o veinte años, hijas, ellas, de una hermana también mayor que mi padre muchos años. Papá fue el último hijo de trece que tuvo la abuela; de manera que pudo ser tío desde muy pequeño, cuando sus sobrinas, quienes lo quisieron y respetaron mucho, aunque ellas solo tenían tres o cuatro años menos que su tío Chuy, y pudieron tratarlo como primo... no lo hicieron; mi padre siempre fue el tío Chuy.

No sé si esto fue así, por la educación familiar de las primeras décadas del siglo XX, o porque él, mi padre, pudo estudiar una carrera universitaria, fue Licenciado en Derecho, él era abogado (un hombre que, de vivir aún, ahora tendría más de 100 años, quizás 105 o 106, algo imposible para los hombres y mujeres de su generación que trabajaron muy duro desde jóvenes, y además fumaron desde jóvenes). ...Y, querámoslo o no, el grado universitario, en aquellos años, imponía respeto.

Se llegó la primavera y luego el verano de 1964, la Universidad anunciaba las fechas para presentar los exámenes de admisión tanto a bachilleres como a las diversas facultades. Le rogué a mi padre me dejara ir a presentar los de ingreso a la preparatoria, para que, a la vuelta de dos años, no tuviera problema para entrar a cualquier facultad, pues entonces, ya sería universitaria, egresada de una preparatoria.

Lo conseguí, después de tanta insistencia. Vendría a Monterrey con mi hermano menor que yo un año y cinco meses... Él vendría a cuidarme, para tranquilidad de mi padre y de las tías... No fuera a ser que “el lobo feroz coreteara a Caperucita”. Yo ni me veía, ni me creía, ni me sentía bonita; por qué tanto temor de que alguien se me acercara con intenciones románticas o algo peor... No lo sé, pero los mayores siempre saben más que los jóvenes... Y, el lobo feroz apareció en mi escenario, pero yo no me di cuenta, sino hasta que ya me tenía atrapada con su labia y sus mentiras disfrazadas de filosofía y verdad: Carlos se llamaba... Se llamaba Carlos... Y se decía italiano de ascendencia.

Caí en sus redes... O, ¿él cayó en las mías? Y desde hace más de medio siglo, estamos atrapados en las redes del amor y del destino. Una vela no se apagó nunca, y es la vela que alumbró nuestro camino.



James Joyce

(Dublín, 1882 - Zurich, 1941) Escritor irlandés en lengua inglesa. Junto con el francés Marcel Proust, el checo Franz Kafka y el estadounidense William Faulkner, fue uno de los principales artífices de la profunda renovación de las técnicas narrativas que, en las primeras décadas del siglo XX, conduciría a la definitiva superación del realismo decimonónico.

Nació en el seno de una familia de arraigada tradición católica, estudió en el colegio de jesuitas de Belvedere entre 1893 y 1898, año en que se matriculó en la National University de Dublín, en la que comenzó a aprender varias lenguas y a interesarse por la gramática comparada.

En 1902 se instaló en París, con la intención de estudiar literatura, pero en 1903 regresó a Irlanda, donde se dedicó a la enseñanza. En 1904 contrajo matrimonio y se trasladó a Zurich, donde vivió hasta 1906, año en que pasó a Trieste, donde dio clases de inglés en una academia de idiomas. Su primer libro, el volumen de poemas Música de cámara (Chamber Music), apareció en 1907; en 1912 volvió a su país con la intención de publicar una serie de quince relatos cortos dedicados a la gente de Dublín, Dublineses (Dubliners), que finalmente vieron la luz en 1914.

Durante la Primera Guerra Mundial vivió pobremente junto a su mujer y sus dos hijos en Zurich y Locarno. La novela semiautobiográfica Retrato del artista adolescente (Portrait of the Artist as a Young Man), de sentido profundamente irónico, que empezó a publicarse en 1914 en la revista The Egoist y apareció dos años después en forma de libro en Nueva York, lo dio a conocer a un público más amplio.

Pero su consagración literaria completa sólo le llegó con la publicación de su obra maestra, Ulises (Ulysses, 1922), novela experimental en la que intentó que cada uno de sus episodios o aventuras no sólo condicionara, sino que también «produjera» su propia técnica literaria: así, al lado del «flujo de conciencia» (técnica que había usado ya en su novela anterior), se encuentran capítulos escritos al modo periodístico o incluso imitando los catecismos. Inversión irónica de la Odisea de Homero, la novela explora meticolosamente veinticuatro horas en la vida del protagonista, durante las cuales éste intenta no volver a casa, porque sabe que su mujer le está siendo infiel.

Una breve estancia en Inglaterra, en 1922, le sugirió el tema de una nueva obra, que emprendió en 1923 y de la que fue publicando extractos durante muchos años, pero que no alcanzaría su forma definitiva hasta 1939, fecha de su publicación, con el título de Finnegans wake. En ella, la tradicional aspiración literaria al «estilo propio» es llevada al extremo y, con ello, al absurdo, pues el lenguaje deriva experimentalmente, desde el inglés, hacia un idioma propio del texto y de Joyce. Para su composición, el autor amalgamó elementos de hasta sesenta idiomas diferentes, vocablos insólitos y formas sintácticas completamente nuevas. Durante la Segunda Guerra Mundial se trasladó de nuevo a Zurich, donde murió ya casi completamente ciego.

La obra de Joyce está consagrada a Irlanda, aunque vivió poco tiempo allí, y mantuvo siempre una relación conflictiva con su compleja realidad política e histórica. Sus innovaciones narrativas, entre ellas el uso excepcional del «flujo de conciencia», así como la exquisita técnica mediante la que desintegra el lenguaje convencional y lo dobla con otro, completamente personal, simbólico e íntimo a la vez, y la dimensión irónica y profundamente humana que, sin embargo, recorre toda su obra, lo convierten en uno de los novelistas más influyentes y renovadores del siglo XX.

ad pédem literae

Vencer y perdonar, es vencer dos veces

Pedro Calderón de la Barca

Letras de buen humor

Los ángeles pueden volar porque se toman a sí mismos a la ligera

Gilbert Keith Chesterton

Mónica Lavín

Lecturas íntimas

Desde hace tres años, Mérida es la sede de un encuentro literario singular, más allá de la Feria Internacional de la Lectura en Yucatán: el cuento es el pivote alrededor del que giran dos días de intensas lecturas donde se comparten además algunas reflexiones sobre el cuento, libros, estilos, miradas desde varias generaciones, localidades y experiencias distintas y la posibilidad de su lectura en las antologías virtuales. La propuesta del Encuentro Nacional de Cuento (ENAC-Mérida) es de Carlos Martín Briceño, escritor yucateco en cuya obra destacan cuentos premiados internacionalmente, volúmenes propios y antologías regionales. Con esta iniciativa que ha encontrado un eco en las instancias detrás del MeridaFest, que se realiza cada enero en la capital yucateca, ha declarado su devoción al género y la bondad del mismo para ser compartido de manera oral en un auditorio.

Si antes me daba envidia que los poetas pudieran leer sus versos en voz alta frente a un público capaz de absorberlos, el Encuentro de cuentistas nos permite a quienes amamos la narrativa breve compartir textos de viva voz ante un auditorio nutrido, como el que acude al Manuel Cepeda Peraza del Edificio Central de la Universidad de Yucatán, en el centro de Mérida, y sentir la compañía inmediata de los lectores escuchas. Pocas veces ten-

emos la oportunidad de que así sea y no sólo ponemos a prueba el propio en un escenario sino escuchamos los cuentos de los colegas que uno conoce y de los que uno descubre en esos privilegiados espacios.

Hay poca costumbre en nuestro país de que sea la lectura de obra propia la manera de divulgar el quehacer literario, se tiende al comentario, a la crítica o la conversación. Pero nada habla mejor de lo que hacemos los escritores, que nuestros textos.

La propuesta de Carlos Martín Briceño, muy bien cobijada por el grupo Murmurante en la logística, me recuerda la experiencia del Word Fest en Calgary, donde la gente compra boletos para entrar a un teatro y escuchar a los autores leer, algunos compran libros y persiguen la firma del escritor. Carlos sabe que el cuento es una carta de presentación ideal para que los lectores descubran afinidades, provocación y deseo de leer a uno u otro autor según su temática o estilo. Conozco a otro Quijote del cuento en lengua inglesa que es confundidor del London Short Story Festival: el escritor irlandés Paul McVeigh. Aplaudo este esfuerzo en el sureste de nuestro país y todo lo que por el cuento se haga como sucede en el marco de la FIL Guadalajara, bajo la curaduría de Alberto Chimal.



Con este Encuentro nacional de cuento y con sus propios libros (De la vasta piel, antología personal, Montezuma's Revenge y otros deleites, entre otros) Carlos Martín Briceño se suma a las voces de los autores yucatecos que han puesto en el mapa universal sus textos breves, ya clásicos, como Juan García Ponce, Agustín Monsreal, Beatriz Espejo, Hernán Lara Zavala, y trae a la memoria aquellos encuentros de Investigadores del Cuento Mexicano en Tlaxcala a cargo de Alfredo Pavón.

Compartir con los autores de la región (nacidos o a vecinados) como Erika

Millet, Verónica García, Verónica Rodríguez, Ileana Garma, Adrián Curiel Rivera, Manuel Calero, con su mirada y experiencia, como lo han hecho en otras ediciones Eduardo Antonio Parra, Ana García Bergua, Cecilia Eudave y en esta, Rosa Beltrán, Hiram Ruvalcaba, Marcial Fernández, Ana Clavel, Gabriel Rodríguez Liceaga, Laura Baeza y Ricardo Guerra produce un fértil intercambio que engorda una maleta llena de nuevos cuentos por leer y el deseo de seguir escribiendo cuento. Como pidió el público: la próxima vez, Carlos, te toca también leer. Muchos Encuentros más.